

¡BERTA VIVE! LA VIDA Y EL LEGADO DE BERTA CÁCERES

Por Beverly Bell
9 de marzo de 2016

Empecé escribiendo un elogio para Berta Isabel Cáceres Flores hace años antes de su asesinato el 2 de marzo, 2016. Berta fue asesinada por sicarios pagados por la familia Atala, parte de la elite hondureña, y respaldados por el gobierno hondureño. Como muchos que la conocimos y trabajamos con ella, yo era consciente que esta luchadora por el poder de los pueblos indígenas, por el derecho al control de sus propios territorios, por los derechos de las mujeres y las personas LGBTI, por una democracia auténtica, por el bienestar de la Pachamama, por el fin de la tiranía del capital transnacional, y por el fin del imperio norteamericano, no estaba destinada a morir en la vejez.

Ella se enfrentó a demasiados poderosos con demasiadas verdades.

Berta se formó en la revolución. Ella fue fuertemente marcada por las emisiones radiofónicas procedentes de Cuba y de la Nicaragua sandinista, que su familia escuchaba clandestinamente, reunida alrededor de una radio con el volumen bajo; esas estaciones radicales eran prohibidas en Honduras.

Desde siempre una izquierdista comprometida, la madre de Berta crió a sus doce hijos para que creyeran en la justicia. Doña Bertha – la madre le dio a la menor de sus hijas su propio nombre – fue alcaldesa de su pueblo y gobernadora de su departamento, en una época en la cual las mujeres no ocupaban estos puestos. Luego, fue miembro del Congreso Nacional. Además. Fue matrona. Ella fue la inspiración de vida de Berta.

Animada por su madre, Berta entró en apoyo a la revolución en El Salvador, país vecino, a la edad de seis años. Mientras que Doña Bertha mandó comida y medicina al ejército revolucionario, la niña Berta – pareciendo todo inocente – fue efectiva como mensajera. Como joven adulta, como muchos otros y otras de la región que compartían sus convicciones, ella se convirtió en combatiente.

Inspirada por lo que aprendió en El Salvador, Berta – una indígena Lenca – regresó a Honduras para cofundar el Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras (COPINH) en 1993, en una época en la que ser indígena en aquel país no constituía motivo de orgullo, ni mucho menos representaba ningún poder. Berta creó el COPINH para construir la fuerza política del pueblo Lenca, de campesinos y campesinas, y de otros sectores populares de base, con el fin de transformar una de las sociedades más corruptas, antidemocráticas, y desiguales del hemisferio.

Una fuerza política: el COPINH bajo el liderazgo de Berta

A Berta le encantaba decir: “Nos tienen miedo porque no tenemos miedo.” Esa intrepidez le rindió frutos a lo largo de los años.

Además del notable liderazgo de Berta, los triunfos del COPINH han sido resultados del tamaño, la fuerza, la unidad y el compromiso feroz de la organización. El COPINH reclamó con éxito

tierras indígenas ancestrales y ganó, sin precedente, títulos de tierras colectivas. Detuvieron o paralizaron la construcción de represas, proyectos de deforestación y explotación minera, por no mencionar a los acuerdos de libre comercio. Evitaron el expolio y la destrucción de multitud de lugares sagrados.

Las comunidades han participado en cientos de protestas, tanto desde sus respectivos ayuntamientos, como frente a la escalinata del Congreso Nacional. Han ocupado una multitud de espacios públicos, incluyendo varias de las doce bases militares estadounidenses instaladas en su país, resistiéndose a abandonarlos. Han bloqueado la carretera a Tegucigalpa, impidiendo estratégicamente la llegada de productos a la ciudad. Han declarado un boicot a todas las organizaciones financieras internacionales en sus tierras. Han colaborado en la organización de 150 referendos locales para mejorar la participación democrática.

Hay una historia que Berta narraba sobre las estrategias y las acciones de COPINH. El telón de fondo de esta anécdota son las botas de goma – gruesas y sin ventilación – que utilizan los campesinos y las campesinas, incluso los miembros y las miembros del COPINH. Como dichas botas no permiten la transpiración, con el paso de las horas adquieren un olor horrible, tan fétido que se las llaman “las bombas.” Al inicio del COPINH como organización, un equipo del mismo acudió desde La Esperanza hasta Tegucigalpa para negociar con el gobierno una ley sobre títulos de tierras. La discusión se prolongó durante días. Berta contaba que, durante las pausas para comer, la delegación del gobierno recibía verdaderos festines, pero al lado de la mesa de COPINH, cuyos miembros y miembros no tenían dinero, permanecía vacío. Al tener muchas menos conexiones en aquella época, el grupo carecía de un lugar donde dormir o ducharse, por lo que pasaban las noches en las calles, y no pudieron bañarse. Pero siguieron adelante.

Las negociaciones se pusieron tensas y el equipo del COPINH no estaba seguro de su estrategia. Solicitó un descanso, pero el gobierno se negó a ello. En determinado momento, uno de los miembros del COPINH hizo una señal discreta y todos los y las campesinos-activistas se quitaron las botas al mismo tiempo. El olor era tan tóxico que los representantes del gobierno abandonaron la habitación. El COPINH pudo reagruparse y elaborar una estrategia maravillosa. Los indígenas radicales ganaron la ley.

Su campaña y victoria parcial más reciente fue también la causa más directa de la muerte de Berta: la paralización del proyecto de una represa sobre el río Gualcarque, que es sagrado de los Lenca. La comunidad COPINH de Río Blanco, al lado del sitio de la represa, formaron una barricada humana y bloquearon la construcción de la represa. No algunos miembros, sino todos y todas: ancianos y ancianas, niños y niñas, madres lactantes. Mientras tanto, Berta, otros miembros del COPINH, y compañeros y compañeras nacionales e internacionales, presionaron al Banco Mundial y a la mayor compañía de construcción de presas del mundo - Sinohydro, propiedad del Estado chino - para que abandonaran el proyecto.

El bloqueo de la comunidad de Río Blanco no duró un día, ni una semana. Duró más de un año. Continuó hasta que ganaron. Consiguieron que la compañía china y el Banco Mundial, algunos de los intereses financieros más poderosos del mundo, retiraran su apoyo para el proyecto.

Desgraciadamente, al haber otros intereses acechando el botín, la presa se sigue construyendo. Y hay otras 48 planificadas o en construcción en tierras Lenca.

Berta creía en la participación colectiva, y esa creencia impregnaba profundamente su práctica diaria. Siendo la líder inigualable del COPINH, y dada la enorme laguna entre su nivel educativo y su experiencia política y la de la inmensa mayoría del grupo, para ella habría sido sencillo actuar por su cuenta. Sin embargo, en ningún momento dejó de rendir cuentas ante las comunidades con cuales trabajaba.

Yo fui testigo de cómo funcionaba ese nivel de compromiso una noche en que Berta llamó por teléfono a Utopía, el centro de reuniones en una comunidad rural del COPINH, y pidió hablar con todo el mundo. Unos quince campesinos y campesinas se juntaron rápidamente alrededor del teléfono móvil situado sobre la endeble mesa de madera cercana a la única fuente de iluminación, una vela. Berta explicó un requerimiento básico que había recibido de una oficina del gobierno. Cuando hubo terminado, preguntó al grupo: “¿Cheque sí, o cheque no?” Todos y todas levantaron el pulgar hacia el pequeño teléfono móvil y gritaron, “Sí!” No tenía porqué buscar una decisión conjunta, y sin embargo había buscado el consenso.

Eso es transparencia, rendición de cuentas, y democracia.

La mujer detrás del mito

Berta era una mujer imperturbable. Se mantenía la calma en la mitad del caos, y era estratégica frente al desastre. Se enfrenó a soldados y sicarios cuando la agredieron o agredieron a otras personas, y les despotricó contra ellos.

Berta era infatigable y trabajaba todo el día sin quejarse. Cuando no estaba viajando por Honduras o por el mundo en busca de apoyo para la lucha, se levantaba temprano e iba directamente a su escritorio para ponerse al día de las últimas novedades, con frecuencia los últimos ataques a miembros del COPINH, en cuyo caso procedía a escribir denuncias, todo eso antes de tomar la primera taza de café. Luego se metía en su descacharrada camioneta color mostaza para recoger a otros miembros y miembros del COPINH y se dirigían juntos a dondequiera que se necesitara su presencia, para participar en alguna acción o investigación.

Me asombraba que Berta condujera esa camioneta tan llamativa a todas partes sin protección, y que viviera en una casa cuyos únicos elementos de seguridad eran un pequeño candado y un par de perros amistosos. Entonces me di cuenta de que no importaba mucho cuál fuera su nivel de seguridad. El gobierno y las compañías a las que se oponía casi siempre sabrían dónde encontrarla – aunque Berta también pasó algunos periodos oculta - y cómo llegar hasta ella cuando estuvieran listos para matarla.

Berta solo se tomó dos breves periodos de descanso en su vida. El primero fue unas vacaciones de dos semanas con una amiga en un país vecino, el segundo ocho meses de semi-reposo en mi casa en Albuquerque. Pero aún así, dedicaba la mayor parte de sus días a trabajar en un boicot Latinoamericano al Banco Mundial y al Banco Interamericano de Desarrollo.

Al mismo tiempo que servía a su comunidad, Berta aumentó su influencia a lo largo del último decenio hasta convertirse en una representante internacional de su pueblo. Berta era una heroína para muchos movimientos globales, una protagonista fundamental en múltiples luchas, una oradora clave en múltiples acontecimientos. Encontró con las autoridades gubernamentales, las redes internacionales e incluso, unos meses antes de su muerte, el propio Papa Francisco.

Mientras observábamos como crecía la estatura de Berta como líder global, nuestro buen amigo y colega Gustavo Castro me comentó: “Espero que nunca pierda su humildad.” Nunca lo hizo.

Una vez pregunté a Berta cómo se decía “integrity” en español. Ella lo tradujo como “coherencia,” coherencia entre todas las partes de la vida de una persona, coherencia entre los principios que uno afirma tener y las acciones que realiza. Berta era coherente.

Ella criticaba duramente a los estadounidenses por nuestra falta de coherencia. En una ocasión, animó un taller contra la opresión para una organización que yo entonces dirigía, en la que nos pidió que reflexionáramos sobre si éramos Césares o artesanos. O sea, nos preguntaba: ¿Nuestra práctica –no solo nuestras afirmaciones- nos alineaba con los opresores o con los oprimidos y oprimidas? ¿Estábamos intentando conseguir el poder para las comunidades de base, o para nosotros y nosotras? Durante mucho tiempo después de eso, el refrigerador que compartíamos Berta y yo mantuvo en su frente un dibujo de una sandalia romana.

En otra ocasión me comentó que el problema de los estadounidenses era nuestro apego al confort.

La propia Berta rehuía el confort. Vivía en la modesta casa en la que creció, donde cuidaba de su anciana madre. Dormía en una habitación pequeña de cemento, más de la mitad de la cual había transformado en oficina, con montañas de documentos sobre su escritorio y una mesita para su computadora. Su estilo de vestir—independientemente de con quién se reuniera—era jeans, tenis y una camiseta de algodón. Casi nunca se compraba cosas nuevas, ni asistía a restaurantes elegantes, ni tomaba un avión si podía ir en bus.

Además del COPINH y la lucha por la justicia, Berta tenía un fuerte compromiso más: a sus tres hijas, su hijo, y su madre. Recuerdo el profundo orgullo que mostraba su cara cuando una de sus hijas, entonces de unos siete años, recitó el poema “La margarita” ante un grupo de visitantes extranjeros. Era una expresión completamente diferente a la que yo le conocía. Su orgullo creció en relación con el crecimiento de sus hijas e hijo, todos ellos y ellas comprometidos con la lucha por la justicia.

Cuando el gobierno de Honduras acusó formalmente a Berta de sedición en 2013 - una de sus innumerables iniciativas para silenciarla - alguien preguntó a su madre si temía por su hija. Berta nos contó entre risas la respuesta de su madre: “¡Absolutamente no! Ella hace exactamente lo que tiene que hacer.”

El humor de Berta era legendario. Suavizaba los momentos más tensos con alguna broma y su risa cantarina nos daba a muchos de nosotros y nosotras fuerzas para seguir, aunque ella nunca quitara importancia a la gravedad de la situación. Se ve ese humor en una carta que el Jesuita hondureño radical Ismael “Melo” Moreno hizo circular la semana de su muerte por las redes sociales. En una ocasión en que acompañó a Berta a Río Blanco, alguien les hizo una foto juntos. Al mirarla, Berta se echó a reír y dijo a Melo: “A ver cuál de los dos se va primero.”

Cuando contemplaba una actuación de las Abuelas Furiosas, un grupo de señoras mayores vestidas con faldas extravagantes que cantaba alegres canciones de protesta en Albuquerque, me dijo: “Nunca he querido vivir lo suficiente para convertirme en anciana. Pero ahora me apetece.”

Acaban de arrebatarle esa posibilidad.

¡Berta vive!

Tras la muerte de Berta, sus hijas e hijo y su madre dieron a conocer un comunicado en el que decían: “Su asesinato es un intento de acabar con la lucha del pueblo Lenca en contra de toda forma de explotación y despojo. Un intento por cortar la construcción de un nuevo mundo. La lucha de Berta no era solo por el medio ambiente sino por el cambio de sistema, en contra del capitalismo, del racismo y el patriarcado.”

Berta llegaba al alma de todas aquellas personas que la conocieron y de muchas otras que nunca llegaron a conocerla. Mi hija adolescente es una de estas. La mañana en que Berta murió, escribió: “Bev me contó que su gran amiga Berta murió anoche. Quedé muy sorprendida. ¿Cómo puede alguien matar a una persona que solo intentaba hacer lo correcto? Entonces recordé que también mataron a Martin Luther King y a Malcolm X. Si yo muriera por hacer lo correcto eso querría decir que yo hacía lo correcto en este mundo. Como Berta.”

Cuando Berta recibió en 2015 el Premio Goldman, el más prestigioso premio internacional para defensores del medio ambiente, ella lo dedicó a la rebelión, a su madre, al pueblo lenca, a Río Blanco, al COPINH y “a los mártires que dieron su vida en defensa de la riqueza natural.”

Ahora, Berta es una de esas mártires.

En la madrugada de la terrible mañana del 3 de marzo, leí la noticia del asesinato de Berta en la lista de distribución Convergencia de Movimientos de los Pueblos de las Américas (COMPA), una red que Berta, Gustavo y yo - entre otros y otras – fundamos en 1999. Me fijé en el correo justo anterior, fechado el 24 de febrero. Era de Berta. Decía simplemente: “¡Aquí!”

Sí, está aquí. Que viva en los corazones, las mentes, las pasiones y las acciones de todos nosotros y nosotras. Que todos y todas nos comprometamos a hacer realidad su visión de transformación, dignidad y justicia, la visión por la que Berta vivió y por la que murió.

¡Berta Cáceres, presente!

--

Beverly Bell es miembro adjunto del Institute for Policy Studies (Washington), miembro del Open Channels (Londres), y miembro de la comité de coordinación de la Universidad Itinerante de Resistencia (Puerto Príncipe).

Adaptado por Gabriel Zeballos y Tanya Kerssen de la traducción de Paco Muñoz de Bustillo.